ACERCA DE LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA (*)

Miguel Angel Ciuro Caldani (**)

La persona, como parte del universo, es un complejo de realidades naturales y culturales que se manifiesta, por ejemplo, en su presencia y su ausencia. Aunque estamos acostumbrados a apreciar la presencia y la ausencia de la persona en su realidad natural, en el ser humano la carga de cultura es tan grande que ambas circunstancias están en mucho decididas por la presencia y la ausencia culturales. Los seres humanos estamos también presentes por los valores que realizamos y nos hacen realizar los demás. A través de las realizaciones culturales superamos el tiempo y el espacio físicos, concretando fenómenos de "transtemporalidad" (1) y "transespacialidad" que son, al fin, expresiones de "transvivencia" (2).

Ni la ausencia física por apartamiento en el espacio ni la ausencia física temporal que culmina en el aparente extremo de la "muerte" significan la ausencia de toda la persona. El universo posee un complejo de sentidos en el cual incluso "previven" todos los hombres que "se rán" y "sobreviven" todos los hombres que "fueron". De cierto modo, estamos en todo el pasado, el presente y el porvenir y en todo lugar (2). Sobre todo, cada uno de nosotros vive, en sí mismo, por todos los demás, principalmente por los que más influyeron en los valores que realiza.

Ese infinito de nuestra presencia es inabordable, de manera que nos vemos obligados a fraccionarlo declarando la "presencia", la "ausencia" o incluso la "muerte" de los seres. De este modo nos manejamos más sencillamente y es a través de las aperturas y los cortes respectivos que producimos el recuerdo y el olvido. Es cierto que al hilo de esos cortes de la transvivencia ganamos en individualidad, pero esta individualidad sólo es legítima si no excluye que somos parte del complejo de sentidos del universo todo. En la medida que vivimos intensamente somos, al fin, más "omnipresentes" e incluso "inmortales", más allá también del recuerdo, superando el olvido.

Desde la perspectiva jurídica los demás existen en nosotros y nosotros existimos en los demás en la medida en que, por ejemplo, se concretan influencias de unos en otros en las realizaciones del poder de los repartos autoritarios y la cooperación de los repartos autónomos, de la previsibilidad del plan de gobierno en marcha y la solidaridad de la ejemplaridad, del orden del régimen y la coherencia del ordenamiento normativo, culminando en la influencia de unos en otros en la realización de la justicia (3).

Trascendiendo los marcos más estrictamente jurídicos, las influencias transvivenciales se producen al hilo de la satisfacción de otros valores, como la utilidad, la verdad, la belleza, el amor, etc., culminando en la realización de la humanidad. Si bien por los valores "particulares" unos hombres pueden superar sus límites naturales más que otros, en última instancia por la humanidad que nos es común todos los hombres somos trascendentes porque la perfección humana significa la realización de todo lo humano. Entre las tareas que más promueven la transvi-

vencia se destaca la educación. En las relaciones entre maestros y discípulos y entre condiscípulos la integración de las personas es tan intensa que -mucho más allá del recuerdo- se producen efectos indestructibles (4).

A través de los valores podemos asemejarnos a los dioses. Este anhelo antiquísimo del hombre, que tantas veces lo ha desesperado, estaba siempre satisfecho a la vista de quienes tuvieran la humildad realista de advertirlo.

(*) A la presencia transvivida de mis padres, Miguel Ciuro y Lucía Caldani de Ciuro. A los doctores Alfredo Mario Soto y María Isolina Dabove, en ocasión de la próxima iniciación de sus estudios de postgrado en España.

(**) Investigador del CONICET.

(1) Pueden v. CIURO CALDANI, Miguel Angel, "El Derecho, la temporalidad y la transtemporalidad", en "Anuario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario", N° 3, págs. 33 y ss.; "Perspectivas Jurídicas", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1985, págs. 65 y ss.

(2) Puede v. por ej. LEIBNIZ, "Monadología", trad. Manuel Fuentes Benot, 4a. ed., en BIF, Bs. As., Aguilar, 1968, v.gr. pág. 46; -56, "Teodicea", 130,360-).

Aunque no negamos que quizás la Tierra marche por donde quiere y que tal vez los átomos tengan cierta cantidad de "voluntad libre", entendemos que el universo en su conjunto posee un complejo de sentidos coronado por el valor humanidad (v. acerca de la "metafísica científica" por ej. RUSSELL, Bertrand, "La perspectiva científica", trad. G. Sans Huelin,

Madrid, Sarpe, 1985, págs. 79 y ss.). En el estado actual del saber resulta que el deber ser del hombre es coronación del sentido del universo todo.

- (3) El Derecho reconoce a menudo la presencia más allá de la realidad natural, lo hace sobre todo en la sucesión por causa de muerte. Al fin, a través de la transvivencia podemos ser repartidores y sobre todo beneficiarios mucho más allá de nuestra existencia natural. Esta complejidad de influencias se manifiesta en la claramente reconocible "pantomía" de la justicia (pan=todo; nomos=ley que gobierna) (puede v. GOLDSCHMIDT, Werner, "Introducción filosófica al Derecho", 6a.ed., 5a.reimp., Bs. As., Depalma, 1987, esp. págs. 49 y ss. -donde se presenta fraccionado el marco de los repartidores-, 390 y ss. y 401 y ss.; acerca de la "pantomía" de la finalidad objetiva de los acontecimientos, es posible v. CIURO CALDANI, Miguel Angel, "Derecho y política", Bs.As., Depalma, 1976,págs. 60 y ss.).
- (4) La permanencia a través de los valores que realizamos, más allá del recuerdo o del olvido, es la retribución última de la que nadie puede ser despojado. La fama, en cambio, al desarrollar una retribución compuesta por factores sociales, depende de estos factores y parece siempre extingible.